

—Os lo prometo; nosotros cuatro nada mas lo sabremos sobre la tierra.

—¡Ah! sois muy bueno, señor!

Don Justo se retiró y el Jején le acompañó hasta la puerta; Paulita y Julia quedaron solas.

—¡Qué hombre tan bueno!—exclamó Julia.

—Para nada—contestó Paulita.

—¡Cómo!.....

—No os fieis de él, os lo aconsejo.

—Pero.....

—Silencio; ahí vuelve el Jején y le quiere mucho.

El Jején cerró la puerta y volvió adonde estaba Julia.

—Creo que has hecho mal en traer aquí á ese pájaro—dijo Paulita.

—¿Por qué, Paulita?—preguntó el Jején.

—Ya sabes que no le quiero.

—El mostraba mucho interés por la señora, y yo creí que le hacia á ella un servicio en esto; ¿hay algun antecedente malo?

—No—dijo Julia.

—¿Pues entonces?.....

—Es una corazonada—contestó Paulita.

—Ya le pondremos en cintura si se propasa—agregó el Jején;—por ahora á descansar.

Y la feliz pareja salió á dormir al otro cuarto, cediendo á Julia el lecho conyugal.

—Déjame libre el paso.

—Oyeme.....

—No—exclamó la señora Magdalena con resolución y se dirigió á la escalera.

—¡Ella lo que quiere!—exclamó Pedro Juan para mañana será la víctima de sus temerarios intentos; ¡maldita y desgraciada!

—¡Maldita!—preguntó volviéndose violentamente la señora Magdalena—¿qué dices?—preguntó desentendiéndose.

—¿Qué dices?—preguntó volviéndose violentamente la señora Magdalena—¿qué dices?—preguntó desentendiéndose.

—¿Qué dices?—preguntó volviéndose violentamente la señora Magdalena—¿qué dices?—preguntó desentendiéndose.

—¿Qué dices?—preguntó volviéndose violentamente la señora Magdalena—¿qué dices?—preguntó desentendiéndose.

—¿Qué dices?—preguntó volviéndose violentamente la señora Magdalena—¿qué dices?—preguntó desentendiéndose.

## V.

### La transaccion.

CUANDO Pedro Juan leyó el billete de despedida de la señora Magdalena, se lanzó á buscarla para impedirle que abandonara la casa, y llegó tan oportunamente, que en aquel momento la señora Magdalena salia de su estancia.

—¡Magdalena!—exclamó Pedro Juan—¿adónde vas?

—Dejo para siempre esta casa—contestó con altivez la señora Magdalena.

—Pero ¿piensas lo que vas á hacer? á dar un escándalo, á convertir á toda la familia en la fábula de la ciudad.

—Todo lo he pensado, y suceda lo que Dios quiera, esta casa no la habitaré mas.

—¡Magdalena, por Dios!

—Déjame salir.

—Escúchame una palabra.

—Nada escucho.

—Magdalena, ten prudencia, mira.....

—Déjame libre el paso.

—Oyeme.....

—¡No!—exclamó la señora Magdalena con resolución, y se dirigió á la escalera.

—Haz lo que quieras, Magdalena; pero mañana serás la víctima de tus remordimientos, ¡madre injusta y desnaturalizada!.....

—¿Injusta dices?—preguntó, volviéndose violentamente la señora Magdalena—¿injusta dices? ¿injusta, desnaturalizada?

—¡Sí!—contestó Pedro Juan—¿injusta!

—¿Y te atreves á repetirlo, cuando he recibido de Julia la ofensa mas terrible que se le puede hacer á una madre? ¿y aun me llamas injusta porque he abandonado á tu cómplice?

—Sí, Magdalena, injusta, una y mil veces injusta; Julia es inocente.....

—¿Inocente?

—¡Inocente! inocente! lo juro por la salvacion de mi alma! inocente, Magdalena!

—¿Pero su turbacion, su desmayo?

—Magdalena, ha llegado el momento de decir la verdad; yo soy el culpable, yo, que quise seducir su inocencia.....

—¿Pero ella?

—Ella jamás escuchó mis palabras, jamás me mostró sino esquivéz y hasta odio; el amor de hija, el deseo sin duda de evitarte un disgusto, le hizo guardar silencio, y tú premias su ternura con una sospecha que la infama.....

—¿Pero eso es cierto, Pedro Juan? ¿no me engañas?

—¡Te lo juro, Magdalena, por lo mas sagrado que haya en la tierra! ¿no distingues el acento de la verdad en mis palabras?

—¡Ah! sí! sí! el corazon me dice tambien que es verdad, que tú no mientes; que Julia, que mi hija es inocente, y yo la he injuriado, y yo le he dado mi maldicion!

—¿Tu maldicion?

—¡Sí! ¡Ah! soy muy mala! muy injusta! debo buscarla! pedirle que me perdone!..... Julia! Julia!

Y la señora Magdalena corrió á la habitacion de Julia, gritando con pasion:

—¡Julia! ¡Julia! hija mia!

Pero ya Julia estaba muy lejos.

—¡Julia!—repetia la señora Magdalena recorriendo toda la casa;—¿dónde está Julia? dónde está mi hija?

—Señora—contestó un lacayo—hace un gran rato que salió á la calle.

—¡Dios mio! ¡qué culpable soy!—exclamó la señora Magdalena cayendo en un sitial.

En el momento dispuso Pedro Juan que todos los lacayos salieran en busca de la jóven, y él mismo tomó su sombrero y su capa y salió por las calles de la ciudad, dejando á la señora Magdalena entregada á la mas terrible desesperacion.

Uno de los lacayos contó á Don Justo la desaparicion de Julia, y por eso él la encontró por una verdadera casualidad; pero era ya una hora muy avanzada de la noche: además, no conocia el arrepentimiento de la señora Magdalena, y Julia misma le habia encargado el secreto, y él se cuidó muy bien de avisar á la familia en dónde ella estaba.

Por otra parte, Julia, abandonada en la casa de Paulita, era una conquista mas fácil para Don Justo, que en su casa y al lado de Pedro Juan.

Don Justo, satisfecho, se retiró á su casa, sin pensar siquiera en dar parte de su fortuna á nadie.

En la habitacion de Pedro Juan, por el contrario, los lacayos salian y entraban llevando noticias á cual mas alarmantes y desconsoladoras.

Quién aseguraba que unos viajeros habian encontrado á una jóven, que se suponía ser Julia, en el camino de Coyoacan.

Quién decía que un alguacil habia visto á una jóven arrojarse en uno de los canales.

Quién suponía que Julia se habia refugiado en un convento.

La señora Magdalena, con una resolucion y un estoicismo admirables, queria saber todas estas noticias y estos comentarios, y el corazon de la pobre madre lloraba sangre.

Ella era la única culpable, ella la causa de la pérdida de su hija ella, que se habia dejado precipitar por sus celos, sin respetar ni los vínculos mas sagrados.

Toda la noche se pasó en aquella horrible incertidumbre, toda la noche veló y oró la señora Magdalena, y durante toda la noche Pedro Juan recorrió las calles de la ciudad en todas direcciones, acompañado de lacayos con hachones y farolillos, preguntando á todas las rondas, interrogando á todos los transeuntes y molestando á cuantos vecinos podia.

Luciendo ya la mañana, el ex-desollador volvió á su casa fatigado, triste, y mas que todo, desesperado; nada habia podido averiguar, nada podia decir á la señora Magdalena para calmarla.

La desgraciada madre lloró, y pensó volverse loca. Pedro Juan, rendido por el cansancio, se sentó en un sitio á su lado, y á pocos momentos dormía.

Así trascurrió toda la mañana; la señora Magdalena se encerró en su aposento y no quiso comer; Pedro Juan al-

morzó con apetito y volvió en seguida á entregarse á sus inútiles pesquisas.

Volvió á oscurecer, y nada aún se habia podido averiguar del paradero de la jóven.

Tocaban la plegaria de las ánimas en las iglesias, cuando un lacayo avisó á la señora Magdalena que una jóven deseaba hablarla.

—Dile que no puedo recibir á nadie, que tengo un gran cuidado de familia—contestó.

—Se lo he hecho presente—replicó el lacayo—pero insiste y dice que es un negocio que interesa mucho á usía.

—Pues dile que entre—dijo la señora Magdalena.

La señora Magdalena pasó á una estancia inmediata, en donde la esperaba ya una mujer enlutada cubierta con un espeso velo.

La señora Magdalena saludó ceremoniosamente á la tapada y le ofreció asiento.

—Pues señora—dijo la tapada—me tomo la licencia de hablarle á usía sin ceremonia, porque el asunto que traigo es importante.

—Podeis decir—contestó la señora Magdalena.

—Señora, la hija de usía está en mi casa.....

—¿Mi hija? ¿Julia?

—Precisamente, señora, está en mi casa, y yo y mi marido somos unos pobres; pero allí ni estorba ni nada le faltará mientras él y yo tengamos vida y salud para trabajar....

—Pero.....

—Permítame usía que termine mi relacion; yo á la señorita Julia la quiero ya como á las niñas de mis ojos, porque es un ángel, y estaria muy contenta con que viviese siempre conmigo; pero está tan triste, llora tanto, que esta noche dije para mí: «yo me voy á ver á esa madre tan cruel...»

—Señora, ¿qué estais diciendo?

—Señora, usía me perdone; pero yo no entiendo cómo son sus señorías los que tienen dinero: entre nosotros los pobres, los hijos se van porque necesitan ir á procurarse qué comer, porque el trabajo del padre no da para muchos hijos; pero nosotros los pobres no somos capaces de echar á una hija, y luego tan bonita, á las cuatro esquinas, expuesta á que en un mal rato se perdiera.....

—Vos no sabeis.....

—¡Bah! todo lo sé, y bien, que ella me lo ha contado; que usía dió y tomó en que su marido tenia amores con la señorita, y sin mas averiguacion, á la calle con ella.

—Yo no la he despedido de mi casa; muchas lágrimas me ha costado su desaparicion.

—Sí, ya lo creo; usía no la dijo vete, pero la echó una maldicion, ¡ave María purísima! ¡Cómo son usías! que maldicen á sus hijos así no mas, como si no tuvieran ánima que salvar: entre nosotros los pobres, con un palo en la mano manejamos á un hijo; pero eso de maldecirlo, Dios nos ampare, porque un hijo maldecido se sala, y si la maldicion es injusta, tambien el padre; ¿cómo no piensan sus usías en eso?

Aquella conversacion de Paulita era una leccion tan severa para la señora Magdalena, que no se atrevia ni á levantar el rostro. Aquellas palabras estaban hiriendo su corazon, y los remordimientos comenzaban á atormentarla.

—Pero yo me estoy metiendo en lo que no me importa —continuó Paulita;—yo, sin avisarle á esa señorita, he venido á ver á usía á referirle lo que pasa, para que usía determine, porque yo no puedo verla padecer así, y usía no tendrá corazon para eso tampoco.

—¡Oh, no! que venga, que venga, que la recibiré con los brazos abiertos.

—Vamos, señora! ¿y será posible que venga ella, cuando ha salido de aquí hasta con una maldicion? y luego, ¡qué maldrina trae! á mí, que no soy nada; como si fuera ella una limosnera, ó necesitara venir á pedir perdon, porque no ha faltado, y la trató usía con tanta injusticia.

La señora Magdalena se sintió avergonzada con aquella reflexion.

—Ahora, yo no sé si ella estará conforme en volver á su casa; ¿no tiene acaso dignidad? ¿no está expuesta á que mañana le vuelva á pasar lo mismo?

—Pues entonces—dijo vencida la señora Magdalena—¿qué os parece que debo hacer?

—Creo que lo mejor será que yo le cuente esta plática, y si la veo que se docilita, enviaré á mi marido para que pueda usía ir por ella, que es lo que debe ser.

—¿Dónde vivís?

—Yò enviaré á mi marido, y él os conducirá; vivo muy cerca de la plaza mayor: déme usía alguna cosa que como seña pueda traeros mi marido.

—Tomad—dijo la señora Magdalena, sacando de uno de sus dedos una rica tumbaga de oro.

—No, eso no; no se vaya á perder y crea usía que me la he tomado.

—Pero esta tumbaga la conoce Julia, y será la prueba de que habeis hablado conmigo.

—No se necesita; Julia me conoce demasiado ya para dudar de mí; déme usía un pañuelo.

—Aquí está—contestó la señora Magdalena;—pero hacedme favor de aceptar esta tumbaga, siquiera por los favores que habeis hecho á Julia.

—¿Qué favores?

—Recogerla, tenerla en vuestra casa.

—Ah! si es por eso, guarde usía su tumbaga, que antes es cierto que yo tenia una fonda; pero me casé, yo tengo ya con qué vivir, gracias á un hombre muy caballero que está ahora en desgracia, y ya ni vendo comida ni alquilo casa: conque Dios guarde á usía.

La señora Magdalena era una buena mujer, pero no tenia ese tacto delicado que se necesita para tratar á las gentes de corazon, y aquella noche habia salido derrotada en su conferencia con Paulita.

La muchacha se levantó y se dirigió á la puerta.

—Ah! perdonadme! ¿cómo os llamis?—preguntó la señora Magdalena.

—Paulita me llaman, y estoy casada con el Jején.

—¿Es apellido eso de Jején?

—No, señora—dijo sonriéndose Paulita;—así le llaman porque es pequeño de cuerpo.

Al oír la señora Magdalena que el marido de aquella mujer tenia un sobrenombre, hizo un gesto de desagrado, sin recordar quizá que al suyo le llamaban en la Española el «Oso rico.»

Paulita advirtió aquel gesto, y volviéndose hácia la señora Magdalena, le dijo:

—Mire usía, señora; mi protector una vez que estuvo enfermo, me contó que los reyes tambien solian tener sobrenombres; ¿por qué es malo que un pobre lo tenga, cuando hasta los reyes lo han tenido?

La señora Magdalena se mordió los labios y contestó:

—No; si yo nada he dicho.

—Es verdad: Dios guarde á usía—y esta vez salió Paulita á la calle, adonde el Jején la esperaba sentado en la acera de enfrente.

—¿Qué arreglaste?—preguntó Jején.

—Todo, y muy bien.

—Cuéntame.

—No, hasta la casa y delante de Julia.

—¿Se pondrá contenta?

—Mucho, si quiere volver á su casa.

—Lo dudo.

—Ella sabrá lo que hace.

Y Paulita y su marido conversando alegremente se dirigieron para su casa, en donde Julia los esperaba con impaciencia.